



## Saludo

**Tu mirar las hace visibles...**

**Elias Royon, sj Presidente CONFER NACIONAL**

**27/01/2012**

CONFER Área de Justicia y Solidaridad.

Jornada de Reflexión contra la Trata de personas.

27 de enero 2012.

¡Buenos días!

Con mucho gusto acojo la invitación que se me ha hecho de dar la bienvenida y saludar a los participantes en esta Jornada de reflexión contra la trata de personas con fines de explotación sexual. Desde Confer un saludo cordial a las demás organizaciones convocantes: la Comisión Episcopal de Migraciones, Caritas española y Justicia y Paz; y el agradecimiento a la colaboración de la Dirección General de Política Social de la familia y de la infancia, del Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.

Vais a dedicar una Jornada intensa de reflexión a una de las plagas más dolorosas e intolerables de nuestro mundo tan fuertemente globalizado como injusto. Forma parte del contexto de miseria y subdesarrollo en que viven tantos millones de seres humanos y consecuencia de auténticas estructuras de degradación humana que provocan, entre otras injusticias, la reducción del ser humano, de la mujer en este caso, a un objeto de mercadería.

Habéis escrito en el programa una frase que indica una actitud, a mi parecer, imprescindible, para el compromiso con la lucha contra la esclavitud del siglo XXI, la trata. La frase dice: *“Tu mirar las hace visibles”*. Permitidme una breve reflexión sobre tan bella y acertada expresión.

Siempre será necesario recordarnos, desde qué perspectiva, desde qué óptica debemos mirar al mundo en toda tarea de establecer relaciones justas entre los seres humanos. Nuestra mirada al mundo y a su complejidad, no puede ser desde otro ángulo, que no sea el de la persona humana. La opción preferencial por los injustamente tratados, no puede desarrollarse sino desde la perspectiva de la persona, “creada y amada por Dios”; ya que la dignidad del hombre y de la mujer tiene su raíz en el designio creador de Dios: a imagen de Dios los creó, leemos en el Génesis. Y alcanzan su plenitud en Jesucristo quien nos ha enseñado que Dios es nuestro Padre, y nosotros sus hijos.

La realidad nos entra por los sentidos y estos están habituados a seleccionar automáticamente aquello que nos interesa. Hay muchas realidades que “no vemos”, que “no oímos”, que “no nos gustan”, que “no

nos huelen bien” o que “no tocamos”. Otras, en cambio, sí vemos, oímos, nos gustan, nos huelen bien, y tocamos o nos tocan. Lo que acabamos amando y nos acaba organizando la vida es lo que deseamos con el corazón y lo que aceptan nuestros sentidos. Nuestro trabajo de acción social no respondería a la dimensión evangélica si no tuviera, en alguna manera, una presencia y una cercanía compasiva a las personas en las situaciones de injusticias en que viven.

Es imprescindible saber **mirar** a las personas, **mirar** a los pobres, mirar a los inmigrantes, mirar a los refugiados...mirar a las prostitutas. Mirar para descubrir el misterio que encierra cada vida, cada corazón, “creado y amado por el Creador”. Una mirada que les restituya su dignidad de persona humana. El P. Arrupe pedía al Señor que “le enseñase su modo de mirar”. Y es que Jesús mira a cada uno como si solo existiera él, con una mirada siempre nueva, que le saca del anonimato y la vulgaridad, una mirada conmovida que le lleva a la compasión: se le conmovían las entrañas. Aquella mujer pecadora pública que se atrevió a romper el muro social, y entrar en casa del fariseo donde Jesús comía y llorar a sus pies, se había sentido mirada por Jesús; o la adúltera que los fariseos condenan a ser apedreada y que Jesús le perdona...

Para la intervención en este campo social tenemos que aprender a **mirar** y enseñar a otros a saber mirar. No es tarea fácil, porque nuestra mirada está condicionada por el lugar y las circunstancias desde donde miramos. Nos da miedo mirar a los que consideramos que no son como nosotros, a los que nos resultan extraños, diversos, por su raza, su religión, su lengua, sus ideas, pero sobre todo por su nivel social.

Y es que la injusticia hunde sus raíces en un problema que es espiritual. Por eso su solución requiere una *conversión espiritual del corazón de cada uno* y una *conversión cultural de la sociedad*” de tal manera, que prevalezca la voluntad de cambiar las estructuras de pecado que afligen a nuestro mundo.

Nuestro trabajo en la lucha contra la trata de mujeres no tendrá el sello de identidad cristiana, si prescindiendo del compromiso personal que engendra un espíritu de compasión evangélica, se queda relegado a la sola gestión organizativa y a la administración eficaz de recursos, o a unas acciones de incidencia política para la aplicación decidida y eficaz de instrumentos legales de parte de los Estados para la lucha contra este mal.

No falta a veces la tentación del descorazonamiento, cuando chocamos con la magnitud de los condicionamientos del problema y percibimos la debilidad de nuestros medios para derrocar las estructuras que generan la explotación de tantas mujeres. Recordemos aquello de que en “el fondo hay un pobre que, no teniendo más que algún pan y unos peces a su disposición, debe acudir en ayuda de una muchedumbre hambrienta”. Sin un sentido pascual de nuestras acciones, la creciente solidaridad que compartimos se convierte fácilmente en un descorazonador sentimiento de frustración. Vivir un sentido pascual que incluye el “don de sí mismo que marca la realización personal de la tarea”, y un sentido profundo de gratuidad, “ya que el darse jamás puede ser reemplazado por el solo dinero”.

Termino. Gracias por vuestra participación en esta Jornada. Mi gratitud para los que la han organizado, a los que conducen los talleres y a los ponentes que con su sabiduría y experiencia ayudarán a reflexionar y profundizar en nuevas formas para la intervención, así como para establecer procesos de conocimiento y contactos operativos entre los agentes sociales y eclesiales. Gracias y buen trabajo.